

María Kítova-Vasíleva: *El "amor a la palabra". En busca de las fuentes del interés por la lengua desde la Antigüedad hasta finales del Renacimiento*. Lugo: Editorial Axac, 2013, 574 pp.
ISBN: 9788492658275

La reflexión filosófica sobre el lenguaje, tan antigua como la propia filosofía, y la historia de la lingüística no podrían ser concebidas en su plenitud si no considerásemos la intuición lingüística del hombre que se trasluce desde los albores mismos de la humanidad. Este precisamente es el objetivo principal que se plantea María Kítova con su obra: "seguir el hilo sutil y zigzagueante que nos lleva al inicio" (p. 19). La autora busca y ordena los datos que prueban la existencia del interés por la lengua en la antigüedad más alejada de nuestros tiempos. Durante largos años, María Kítova ha ido recogiendo datos de todas las fuentes posibles y con sumo esmero ha conformado un mosaico pletórico de ritos, mitos, lenguaje y religión, para vislumbrar, desde la atalaya de la historiografía lingüística moderna, ciertos indicios que le permiten suponer que

ese interés es tan antiguo como el mismo hombre, que incluso en los albores de la civilización humana, cuando se establecían las primeras formas de escritura, los seres humanos estuvieron atraídos por los problemas del lenguaje (p. 20).

El prefacio, titulado "Si la máquina del tiempo existiera...", es la confesión apasionante de la autora que describe el largo, arduo y tortuoso camino que ha debido recorrer en esa busca de pruebas sobre el naciente interés por la lengua; es confesión y testimonio, al mismo tiempo, de su profundo amor por la ciencia lingüística.

Dada la inmensidad (espacial y temporal) de la materia investigada y la falta de paralelismo en el desarrollo histórico de las distintas civilizaciones y culturas, María Kítova opta por empezar —convencida de que las creencias religiosas delinean, en gran parte, el aspecto particular de cada cultura— con un esbozo de los sistemas y los subsistemas filosófico-religiosos. Con la clara conciencia de que sería imposible abarcar todos los microcosmos religiosos que se desarrollaban de manera bastante dinámica en la antigüedad, la autora diseña los rasgos más típicos que han influido de una u otra manera en el desarrollo de la ciencia del lenguaje.

La obra gana mucho por su primorosa presentación. La distribución de la materia en los diferentes capítulos sigue el objetivo principal y lleva sabiamente al lector por el camino previamente trazado.

El primer capítulo recorre las vías históricas de los ritos y los mitos hasta la aparición de las auténticas creencias religiosas, buscando el papel de la religión para el desarrollo del lenguaje. Conciencia mitológica y conciencia religiosa de

los humanos existen en un entramado complejo, no siempre fácil de desenlazar. Determinar cuál de las dos ha sido el germen para el cultivo de la otra, o sea, si es el mito el que precede al establecimiento de las creencias religiosas o bien estas últimas se convierten en una base propicia para la creación de narraciones saturadas de misticismo, remite, a su vez, al papel del lenguaje y a la cuestión de si el lenguaje es el eslabón que vincula los mitos con la religión.

En las páginas de este capítulo María Kítova busca las respuestas a las preguntas planteadas. Con un lujo de detalles se describen las distintas formas paganas de la concepción mitológico-religiosa: panteísmo y politeísmo, las manifestaciones de animismo, totemismo y chamanismo. Son particularmente interesantes las reflexiones acerca de las creencias de los pueblos mesoamericanos: olmecas, toltecas, mayas, aztecas, mixtecos; las creencias religiosas de varios pueblos que habitaban los territorios de la Antigua Mesopotamia: los antiguos sumerios, los acadios, los antiguos egipcios, los indoarios, los griegos y los romanos. Más adelante, la autora se detiene sobre la aparición de las doctrinas filosóficas universales de carácter no teísta (budismo, confucianismo), para dedicarse enseguida a la historia de las religiones monoteístas nacionales (judaísmo, cristianismo, islamismo). De esta manera, Kítova logra probar cómo, durante toda la historia de la humanidad, las nuevas doctrinas filosófico-religiosas llegan a convertirse en factor poderoso para el desarrollo de las lenguas y las ideas lingüísticas: las nuevas religiones necesitaban fijar las sagradas palabras de la Divina Revelación. Con tal fin, las religiones universales utilizaban lenguas especiales, llamadas "proféticas" o "apostólicas", que servían al culto y se diferenciaban bastante de las respectivas hablas regionales. De este modo, la geografía de las religiones universales aparece delineada por la propagación de los textos confesionales en las distintas lenguas apostólicas supranacionales.

Al interés filológico por la lengua, surgido por la necesidad de conservar los textos sagrados y entregarlos en su forma original a las futuras generaciones, está dedicado el segundo capítulo. Consciente de que

el defecto más serio del habla articulada se debe a la naturaleza física del sonido: las señales fónicas se disipan con rapidez y, si no se captan o no se fijan a tiempo, se pierden definitivamente (p. 65),

la autora presenta la historia de los primeros sistemas escriturales: desde la aparición de la pictografía y la ideografía hasta la creación de la escritura fónica (alfabética), la más perfecta conocida hasta el momento. Según Kítova, la prehistoria de la lingüística coincide con la época histórica de los diferentes pueblos. "Los documentos conservados arrojan cierta luz sobre los intentos más primitivos de los humanos de explicarse todo acerca del lenguaje" (p. 115) creando una escritura adecuada a la peculiar estructura de su lengua. La descripción de los

distintos sistemas escriturales va paralela al intento de la autora de caracterizar las diferentes lenguas, lo cual amplía muy acertadamente los objetivos de la obra. Al subrayar que los pueblos antiguos tenían conciencia de la inmensa importancia de la escritura, Kítova sostiene que, si bien dichos pueblos no han realizado una auténtica actividad filológica —tal como se la entiende hoy—, no hay que desestimar el hecho de que el invento de la escritura supone previos conocimientos acerca de la estructura de las palabras y de sus constituyentes.

El tercer capítulo nos traslada a los albores de la filología (con el mismo título). La cita que encabeza dicho capítulo y con la que se identifica María Kítova persiste como lema en todo su contenido: "la filología es la fuerza equilibrante de lo humano" y "mientras la Tierra siga siendo hogar de una mente de tipo humano, la filología seguirá siendo parte de la cultura de esta mente" (p. 117). La autora señala la labor íntegra de los científicos de la India —cuna de la filología antigua—, especialmente, la de Panini, continuada por una pléyade de insignes seguidores hindúes. Se indican las aportaciones más destacadas de la filología en la Grecia antigua, entre ellas, las de los presocráticos, los sofistas, los cínicos, los estoicos, dedicándose la merecida atención a Sócrates, Platón, Aristóteles y a los gramáticos de las escuelas de Pérgamo y de Alejandría. En el recorrido por los temas de la gramática latina, Kítova presenta —igual que en los apartados anteriores— a varias personalidades de la filosofía que han dejado huellas imborrables en la historia de la ciencia del lenguaje.

El cuarto capítulo examina el aporte filológico de los pueblos no cristianos durante la Edad Media. En primer lugar, la autora describe las contribuciones de los pueblos pertenecientes al mundo religioso hinduista-budista y el confuciano-budista: Japón, Tíbet, Birmania, Vietnam, Mongolia, Corea. Sigue una detallada exposición de los logros filológicos de los pueblos del área religiosa del zoroastrismo, el maniqueísmo y el Islam: persas y árabes. Kítova se detiene en las maravillosas obras que dichos pueblos han legado a la humanidad, señalando sus aportaciones en los ámbitos de la lexicografía, la etimología, la gramática, así como en el área de la teoría del lenguaje y la lingüística general.

El quinto capítulo representa un repaso sistematizado de las contribuciones filológicas del Occidente cristiano durante la época medieval. Desde el inicio, se subraya el papel trascendente de la ideología cristiana y su carácter tanto filosófico como religioso:

si se pretende valorar la importancia del cristianismo para el desarrollo de las ideas lingüísticas del Medievo, en primer lugar habrá que aclarar las correlaciones existentes entre las doctrinas filosóficas y las doctrinas religiosas de aquella época: no en vano se afirma que el camino más directo para comprender la esencia de la filosofía medieval supone esclarecer la naturaleza de sus vínculos con la religión cristiana (p. 209).

En detalle se analiza la actividad de los Padres de la Iglesia y su aporte al desarrollo de las ideas lingüísticas durante la Alta Edad Media. La autora nos recuerda que la tradición lingüística del Occidente europeo se inspiró en las obras de Prisciano y de Donato, concibiéndose la lengua latina "no solo como modelo perfecto y como instrumento ideal para realizar los análisis científicos, sino también como *el único objeto digno del interés de los lingüistas*" (p. 210).

A su vez, la tradición del Oriente europeo (tema del capítulo siguiente) siguió la dirección trazada por las obras de Dionisio de Tracia y de Apolonio Díscolo e inspirada en las obras escritas en griego y sus traducciones a las lenguas vernáculas de los pueblos incluidos en el abigarrado mosaico étnico del Imperio Bizantino. Ese hecho también tuvo importantes consecuencias: desde muy temprano los pueblos de aquella parte de Europa lograron tomar conciencia de la necesidad de codificar sus lenguas maternas. Ello abrió el camino para que, en el s. IX, San Constantino Cirilo el Filósofo se irguiera en el corazón mismo del catolicismo europeo para reivindicar con firmeza el derecho de cada nación de conocer las Palabras Divinas en su propio idioma.

El capítulo sigue con la exposición de las ideas lingüísticas de los eruditos cristianos, entre las que destacan sus posturas acerca de los orígenes del lenguaje, la doble naturaleza del signo lingüístico y las funciones cognitiva y expresiva de la lengua. Y más: comprendiendo la lengua como un sistema de elementos correlacionados, los estudiosos medievales concebían al hombre y al lenguaje como unidades complejas que no se identificaban con la suma mecánica de sus componentes. Dichas ideas fueron retomadas y reinterpretadas a comienzos del s. XX por el estructuralismo europeo y el norteamericano. En este capítulo, además, se dedica especial atención a la gramática especulativa y el interés de los modistas por la ontología del lenguaje.

María Kítova analiza con particular atención las conquistas filológicas de varios pueblos europeos: de los irlandeses, los primeros en sustituir el alfabeto latino por su propio alfabeto correspondiente a las particularidades específicas de su lengua; de los islandeses, que alrededor del año 1000 sustituyeron su antigua escritura rúnica y crearon su propio alfabeto adaptando el modelo del alfabeto latino a las peculiaridades del sistema fonológico de su lengua. Se señala la importancia que atribuye la historiografía lingüística al *Primer tratado de gramática*, obra anónima del s. XII que se desvía de los cánones de la gramática latina y que establece las bases de la descripción fonológica, convirtiéndose en original anticipación de la fonología praguense.

Además de los logros de los irlandeses y los islandeses, en este capítulo se analizan, con la debida profundidad, los aportes de los pueblos románicos: franceses, italianos, españoles, catalanes, gallegos, portugueses.

El sexto capítulo expone las conquistas filológicas de los pueblos cristianos ortodoxos. En primer lugar, la autora pasa revista al papel histórico de Bizancio

como puente que une los valores culturales del Occidente católico con el Oriente ortodoxo. Kítova subraya que,

debido a su carácter multiétnico y a su posición geográfica, el Imperio Romano de Oriente se convierte en poderoso viaducto en que confluyen las corrientes benéficas de la cultura universal. Habiendo asimilado los valores helenísticos, la inmensa herencia cultural de Egipto y del Imperio Romano, Bizancio se convierte en centro cultural que atrae como por imán a los cerebros más ilustres de la época (p. 260).

A continuación, nos presenta la actividad de los más célebres Padres de la Iglesia Ortodoxa, resaltando su importancia para el desarrollo de la filosofía, la literatura y la filología, entre los que destacan los nombres de San Clemente de Alejandría, Orígenes, San Juan Damasceno.

Mención especial merece la parte dedicada a los godos de Misia: habiéndose convertido al cristianismo bastante temprano, parte de los godos abandona Europa Occidental y se instala en Misia, donde los representantes de aquel pueblo —conocidos como "godos de Misia" o "godos pequeños"—, dirigidos por su líder espiritual, el obispo Ulfilas, tienen un papel exclusivo para la configuración de las futuras naciones en la Península Balcánica. A principios del s. IV, en suelos búlgaros fue inventado el primer alfabeto, el gótico. Al crear la escritura alfabética para traducir la Biblia a su idioma materno, Ulfilas convierte, con su invento, al país en "patria de tres alfabetos". Kítova se adhiere a la opinión de los historiadores que consideran a Ulfilas como el primer personaje histórico cuyo nombre se relaciona con la creación de la escritura alfabética.

A partir de esta valoración objetiva —impregnada de cierto orgullo por ser en tierras búlgaras en las que fue creado el primer monumento literario de la cultura germánica—, la autora se traslada al mundo de la "Orientalia Orthodoxa": armenios, coptos, sirios, georgianos.

Enseguida, Kítova se detiene en los alcances filológicos de los pueblos eslavos. Con patetismo y orgullo, siempre comprensibles por su identidad nacional, Kítova dedica especial atención a la creación del sagrado alfabeto búlgaro —el glagolítico—, el alfabeto eslavo más antiguo. El lector conocerá que, creado alrededor de los años 862-863, el glagolítico es obra de San Constantino-Cirilo el Filósofo que, de esa manera, supo responder a la necesidad de traducir los libros sagrados del griego al búlgaro antiguo. Se supone que al principio el alfabeto fue denominado "cirílico" por el nombre de su creador: la denominación "glagolítico" surgiría más tarde en Croacia por asociación al vocablo *glagolǎ* ('palabra', en antiguo búlgaro). Y, un hecho curioso: siendo el significado del respectivo verbo *glagolati* ('hablar'), se solía describir poéticamente al alfabeto glagolítico como "los signos que hablan".

Con detalle se presenta la actividad de los eruditos búlgaros más célebres de la época, resaltándose la importancia de los valores de la literatura medieval búlgara, creada en la época bautizada más tarde de "Siglo de Oro" en la historia de la cultura búlgara, en la historia de un país que, a poco de ser cristianizado, se convierte en centro educativo de la Península Balcánica.

El último apartado del capítulo resume las conquistas filológicas de los eruditos serbios y, particularmente, de los representantes de la Escuela de Resava, fundada en territorio serbio por el búlgaro Constantino de Kuistendil.

El séptimo capítulo nos presenta los logros lingüísticos alcanzados durante la época del Renacimiento, caracterizada por la revalorización del pasado greco-romano clásico y de todos los dominios de la ciencia. Al deseo de estudiar las lenguas clásicas, se suma el interés por las lenguas nacionales, tratadas hasta entonces como "desviaciones" o "corrupciones" de una lengua clásica, interés que desemboca en la aparición de las primeras gramáticas descriptivas de las lenguas europeas. La presentación de los aportes renacentistas abarca lo más valioso de las creaciones en materia de lenguaje de los eruditos italianos, españoles, portugueses, franceses, ingleses, galeses, holandeses, alemanes, suecos, daneses, húngaros. Se ofrece, asimismo, una descripción detallada de las contribuciones de los pueblos eslavos, pertenecientes a dos micromundos: la "Slavia Latina" y la "Slavia Orthodoxa".

El libro termina con un anexo que contiene curiosas notas explicativas, evitándose, de tal modo, las múltiples notas a pie de página que podrían dificultar la lectura. Se trata de ricos *corpus informativos* que son sumamente valiosos por la amplitud de datos que ofrecen y la posibilidad de ser utilizados como fuente de información adicional. En otros dos apéndices se incluyen los índices onomásticos y terminológicos, igual de útiles para el manejo del libro.

No puedo dejar de mencionar que esta edición imponente, hecha con pulcritud y suma precisión, nos ofrece magníficas ilustraciones. Para el lector, sin duda, será curioso "ver" la cara del científico, "descubrir" una escritura insospechada, acercarse visualmente a hechos lejanos que quiere recordar o de los que —a lo mejor— ha oído hablar. Además, sin alejarse ni por un momento de la estricta veracidad científica, María Kítova nos ofrece una obra escrita en un lenguaje accesible, lo cual convierte el libro en una lectura enriquecedora y atractiva.

El historiador de la lengua debe poseer la doble habilidad de conocer tanto la historia general de la humanidad y las historias particulares de los distintos pueblos como la historia de la lingüística. María Kítova ha sabido compaginar esa doble maestría con su peculiar intuición, para diseñar, en toda su amplitud, el panorama del crecer histórico de la humanidad. La autora ha cumplido paso a paso su objetivo de describir (en los límites de sus posibilidades) el intrincado camino del desarrollo espiritual que hemos debido recorrer a través de nuestra

historia. En este sentido, el libro nos ayuda a vislumbrar cómo la conciencia humana ha ido desarrollando sus modelos de aprehensión del mundo y cómo el pensamiento creador, indisolublemente vinculado al lenguaje, ha sabido superarse a sí mismo convirtiendo el lenguaje en su propio objeto de interés.

Eugenia Vucheveva
Departamento de Estudios Iberoamericanos
Facultad de Lenguas Clásicas y Modernas
Universidad de Sofía «San Clemente de Ojrid»
Avda. Tsar Osvoboditel 15
1504 Sofía, Bulgaria
evucheveva@gmail.com